



**Marion de Lorme,
una amante francesa de Rubén Darío**
Günther Schmigalle
Karlsruhe (Alemania)

[Hipertexto](#)

“ — **A**buelo, preciso es decíroslo: mi esposa es de mi tierra; mi querida, de París”. Rubén Darío lo declara en 1896, en el prólogo a sus *Prosas profanas*. Para esas fechas, su primera esposa, salvadoreña-costarricense, estaba muerta: había fallecido el 26 de enero de 1893. El 8 de marzo del mismo año, en las circunstancias dramáticas que se conocen, el poeta se había casado con la segunda, nicaragüense. Todavía no había encontrado a la tercera, española, que conocerá el 7 de octubre de 1899 en el pueblo de Navalsauz, en la Sierra de Gredos. Mucho se ha escrito, incluso polemizado, acerca de estas tres mujeres de Darío, que todas, efectivamente, eran (más o menos) de su tierra. Pero pocos comentaristas o biógrafos han abordado el tema de la querida. La misma palabra “querida”, con sus connotaciones despectivas, no parece invitar a profundizar en el tema. La palabra “amante”, quizás, hubiera tenido otro efecto. “Querida”, según el DRAE, es la persona con la cual se tienen amores ilícitos. “Amante” puede ser lo mismo, pero también puede significar “hombre o mujer que se aman”. Hay que tomar en cuenta, sin embargo, que en la ficción del prólogo, el poeta habla con el abuelo, a quien no puede decir toda la verdad: le confiesa, por ejemplo, su amor por Víctor Hugo, pero le oculta su adoración por Verlaine. ¿No sería que, de la misma manera, para respetar el decoro de una generación pasada, llama querida a la que era una verdadera amante? ¿Qué sabemos de las queridas o amantes francesas de Darío? ¿Quién era su “querida de París”?

No hace mucho, nuestro colega Sergio Ramírez ha invertido buenas horas de investigación histórica, y también algo de fantasía, en ese asunto. No me atrevo a desenredar la parte de verdad y la de poesía en lo que escribe Sergio sobre Monna Delza, que supuestamente terminó en los brazos de Darío después del estreno de *La Vierge folle*, pieza en cuatro actos de Henry Bataille. Este estreno fue el 25 de febrero de 1910, en el teatro del Gymnase (no en el Odeón). ¿Cómo pudo entonces Darío, en León, en el banquete de despedida que le

ofreció Debayle el 8 de abril de 1908, vanagloriarse de sus hazañas de aquella noche?¹ Claro que el novelista, para lograr sus efectos, no tiene por qué someterse a los detalles de la historia; y muchas veces la verdad es ajena a la cronología. De todos modos, históricamente hablando, Monna Delza, que fue actriz de music-hall antes de ser estrella de cine², no puede ser la amante que el poeta menciona en 1893.

Hay otra, sin embargo, de la cual se conoce el nombre, el aspecto, y hasta la dirección. El mismo Darío habla de ella en su *Autobiografía*, en el capítulo XXXIV, el tercero de los tres que dedica a su primera visita a París, en 1893. Dice:

Comía yo generalmente en el café Larue, situado enfrente de la Magdalena. Allí me inicié en aventuras de alta y fácil galantería. Ello no tiene importancia; mas he de recordar a quien me diese la primera ilusión de costoso amor parisién. Y vaya una grata memoria a la gallarda Marión Delorme, de victorhuguesco nombre, de guerra, y que habitaba entonces en la avenida Víctor Hugo. Era la cortesana de los más bellos hombros. Hoy vive en su casa de campo y da de comer a sus finas aves de corral. Los cafés y restaurants del bosque no tuvieron secretos para mí.³

Varios elementos se pueden destacar en este bosquejo:

1° El mismo Darío establece una diferencia entre las aventuras fáciles, que “no tienen importancia” y se pueden olvidar, y la primera ilusión, que “hay que recordar”. Diferencia, podríamos decir, entre las queridas y la amante.

2° El amor parisién era costoso, era preciso pagar por la ilusión, ya que se trataba de una “cortesana”, una alta profesional del amor; no obstante, quedó una “grata memoria”. El poeta podía pagar y pagó, pero valía la pena hacerlo; no hubo engaño.

3° El nombre, o seudónimo artístico, es muy importante: la amante se llama Marión Delorme, título de una obra de Víctor Hugo; y además vivía en la avenida que lleva el nombre del gran poeta. Se trata de una doble asociación poética, pero, para ser eficaz, esa asociación tenía que corresponder a una realidad: Marión era, sin duda, un personaje poético.

4° Se trataba de un personaje famoso en su momento. “Era la cortesana de los más bellos hombros” (hombros, en la época, se usaba como eufemismo para designar a los pechos⁴). Se entiende que el poeta no fue el primero en darse cuenta de ello; más bien repite y confirma una “opinión pública”.

5° “Hoy vive en su casa de campo ...”: hoy se refiere al año 1912, en el cual Darío dicta su *Autobiografía*. Desde 1893, han pasado casi 20 años, pero el poeta sabe qué se ha hecho su amante de París. Se ha mantenido informado

¹ Sergio Ramírez, *Margarita, está linda la mar* [Madrid: Alfaguara, 1998], pp. 131-132.

² Actuó en el cortometraje *L'Armoire normande*, en 1908, y en *La Bouquetière parisienne*, en 1910.

³ RD, *La vida de Rubén Darío* escrita por él mismo [Barcelona: Maucci, 1915], p. 156.

⁴ “Radiosa, feliz, María apenas se daba cuenta sino del acaramelado Brummel, de los discreteos del lechuguino, quien, inclinándose á cada paso encima de los desnudos hombros de la deseada, le miraba los blancos senos” (Rufino Blanco-Fombona, *El hombre de hierro* [Madrid: Editorial-América, 1917], p. 125).

sobre ella. ¿Por medio de los periódicos? ¿Por lo que le cuenta Gómez Carrillo, especialista del bulevar? ¿O ha mantenido algún contacto más directo?

6° Hay otros detalles sugestivos en el texto; sugestivos, en parte, porque no se conectan entre sí con la última claridad. ¿Dónde y cómo conoció a Marión? ¿En el café Larue, donde inició también sus aventuras fáciles? ¿Frecuentaba con ella los cafés y restaurantes del bois de Boulogne? ¿Fue ella la que le reveló los secretos de estos lugares?

Son muchas preguntas; tratemos acercarnos al misterioso personaje, cuyo nombre verdadero se ignora, o más bien se ha eclipsado detrás del seudónimo inspirado por su modelo histórico y literario. El modelo histórico: Marión de Lorme (1611-1650), amante de Cinq-Mars, el favorito del rey Luis XIII, fue una de las cortesanas más graciosas e inteligentes de su siglo, y vio desfilar en su casa todo lo que París contaba de personajes elegantes y letrados. El modelo literario: Marión de Lorme, protagonista de un drama de Víctor Hugo estrenado en 1831, es, a pesar de ser cortesana, una amante romántica, apasionada, que se sacrifica por su amado, víctima de la arbitrariedad del rey. El nombre que escogió nuestra Marión (o que alguien escogió por ella) refleja que no quiere ser una cortesana vulgar, de esas que Darío llama “preciosas estatuas de carne ... y tan brutas, tan ignorantes, tan plebeyas en su mayoría”⁵. Refleja sus anhelos artísticos, poéticos, y románticos.

¿Es posible acercarse más a la personalidad de Marión? Sí. Los periódicos mundanos y artísticos de la época publicaron noticias sobre ella, y en febrero de 1893, el escritor y novelista Victorien du Saussay la entrevistó en su apartamento de la avenida Víctor Hugo. Aun tomando en cuenta que ese tipo de entrevistas formaban parte de una estrategia vital de *réclame*, ese texto es un verdadero retrato, en lo físico y en lo moral, de nuestro personaje.

Veamos primero la descripción del apartamento donde fue recibido du Saussay, el mismo, sin duda, en el cual fue recibido Rubén Darío unos cinco meses más tarde.

Me recibió una criada amable, de aspecto pícaro, y me hizo entrar a un salón donde el buen gusto y el arte marchan de consuno. Mientras esperaba a la dueña del lugar, pude admirar un retrato pintado por L’Arcier que no se parece del todo a la bella Marión, el *Fin de jornada en Alsacia* de Hildebrandt, una encantadora cabeza de Rochard, un Meissonier, y sobre una consola una soberbia Venus Calipigia en mármol; un pequeño mueble de ébano estaba lleno de bibelots preciosos, de figurillas de Sèvres, de delicadas porcelanas de Sajonia y de antiguas monedas; y por todas partes había flores en unos magníficos floreros.⁶

Efectivamente, el buen gusto y el arte dominan en este cuadro; lo único que sorprende un poco es la ausencia de libros en este salón. Hubiéramos esperado encontrar allí, por lo menos, las obras de Víctor Hugo; las *Confessions de Marion Delorme* por Eugène de Mirecourt, publicadas en 1849, con numerosas ediciones posteriores; y *Marion Delorme* por Albert Maurin, publicada en 1892.

⁵ RD, *La caravana pasa. Libro primero* (Berlín: Ed. Tranvía / Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000), p. 120.

⁶ Victorien du Saussay, “Nos Interviews: Marion de Lorme”, *Fin de Siècle*, 11 de febrero de 1893. Todas las citas siguientes están tomadas de ese texto, si no se indica lo contrario.

Sigue el retrato físico de nuestra protagonista, que tenía, además de los bellos hombros mencionados por Darío, numerosos otros atractivos:

Con una gran sonrisa en una boquita bermeja, Marión de Lorme avanzó hacia mí ... Se sienta en un sillón, cerca de mí; y durante unos instantes contemplaba yo a esa mujer, tan famosa por sus amores como por su belleza; envuelta en una holgada mañanita de seda roja guarnecida de antiguos encajes pálidos, su rubia cabeza encuadrada por sus largos cabellos, iluminada también por sus grandes ojos teñidos de mar, guardaba silencio y parecía ensimismarse.

Se trata, pues, de una mujer del tipo “blanca paloma”, comparable con “la Hetaira / diosa, su blanca, rosa y rubia hermana” – quiere decir, hermana de Diana – que Darío menciona en su poema “Divagación”⁷.

En este mes de febrero de 1893, la vida de Marión de Lorme ha llegado a un punto decisivo. Según los rumores, la artista quiere volver al teatro, después de siete años de ausencia. Ella lo confirma:

– Sí, voy a entrar al teatro, quizás ya pronto. Desde hace unas semanas trabajo mucho y no pierdo la esperanza de poder recobrar mi voz de soprano, que me valió, hace unos siete años, aplausos en el Alcázar de Invierno. No le voy a decir ni en qué teatro ni en qué obra se hará mi reaparición; le digo únicamente que se tratará de una opereta y que será en los bulevares.

Ignoramos todavía los detalles de esa reaparición, que se hizo realidad, seguramente, antes que Darío llegara a París. Es posible, incluso, que Darío la conociera, no en el café Larue sino en la opereta en la cual ella actuaba, en un teatro de los bulevares.

En respuesta a una pregunta de su entrevistador, Marión habla después de sus inicios como artista:

– Tenía diecisiete años; sola, o mejor dicho, mal guiada por una gobernanta que no me quería, entré al Alcázar de Invierno para actuar en una revista con Teresa y Paulus.

Teresa fue mi maestra; con paciencia me inició en los secretos de su arte, se interesó por la muchacha ingenua que temblaba en el escenario y no se atrevía a servirse de todos sus medios; pero pronto me acostumbré a las tablas, mi éxito aumentó con mi audacia, y recibí tantas flores y tantos bravos como mis viejos compañeros. Me acuerdo todavía con orgullo de las aclamaciones clamorosas cuando interpretaba *Manon, la Cagnotte*, y *Un bebé*.

Y levantándose, Marión tomó un álbum de un velador y me enseñó unas fotografías.

– Aquí me tiene *antes* y *después*, me dijo, ¿verdad que ya no soy la misma del todo? No hay nada como el teatro para metamorfosear a una jovencita. El día de mi entrada al Alcázar yo era un ángel de inocencia, ¡ay!, un mes después ya no me quedaba nada por aprender, ya lo sabía todo.

– ¿Y usted tenía diecisiete años?

– Tenía solamente diecisiete años. Desde entonces ya no he vuelto a poner los pies sobre el escenario.

– ¿Pero por qué motivo renunció al teatro?

⁷ RD, “Divagación”, *Prosas profanas, Obras completas*, t. V (Madrid: Afrodisio Aguado, 1953), pp. 768-773, aquí p. 769.

– Era amada y amaba.

El hecho de renunciar al teatro por ser amada y amar no era muy común entre las artistas y hetairas de la época. Ni en la Bella Otero, ni en Liane de Pougy, ni en Émilienne d'Alençon sería concebible ese tipo de decisión, que nos da una clave de la personalidad de Marión: se trata de una personalidad romántica, poco calculadora, que sobrepone el amor a sus ambiciones.

Para fascinar al público, una actriz tiene que tener una biografía interesante, complicada, melodramática⁸. Nuestro personaje cumple cabalmente con esta exigencia profesional. A la pregunta del periodista respecto a su infancia y su vida, Marión responde:

– Mi vida es todo un drama. Tiene cosas alegres, pero también tiene muchas lágrimas. ... Yo era muy pequeña, sin familia, sin amigos, me acuerdo muy bien del frío que hacía aquel día, no había comido nada desde el día anterior, y soplaba mis pobres dedos enrojecidos por la mordedura del aire. Con mis ojos llenos de lágrimas admiraba a las grandes muñecas que sonreían en el escaparate de una gran tienda. Era en la calle de Rivoli. Nunca había tenido juguetes bonitos, y venía a menudo a colocarme frente a esas bellas damas de cartón, tan bien vestidas, para verlas, al menos, ya que no podía jugar con ellas. Me sentía menos infeliz cerca de esas amigas mudas que siempre sonreían. El vendedor, buen hombre, me conocía por haberme visto muchas veces frente a su tienda. Sin duda había llorado más que de costumbre, porque me tuvo lástima, me hizo entrar a su casa, me preguntó por qué lloraba. Me abrazó, mandó a darme de comer, después me adoptó. Fui feliz mientras él vivió; pero lo perdí pronto. Murió; y yo quedé sola con una mujer mala que nunca me quiso amar.

Nos podemos imaginar cómo esa historia, que tiene todo el acento de la verdad, llegó al alma de Rubén, por las correspondencias con su propia infancia. Igual que él, Marión no tenía una verdadera familia y pasó en su infancia por unas angustias tremendas. La muerte del comerciante que la había adoptado y le había brindado por un tiempo cierta seguridad material y emocional, tenía que provocar en la mente de Rubén el recuerdo de uno de sus propios traumas infantiles: la muerte del coronel Félix Ramírez, esposo de su madre adoptiva.

Algo parecido ocurre con el relato de los amores de la bella Marión:

Desde que estoy sola he amado a tres hombres. Después de largos meses de felicidad llegó el dolor verdadero.

El primero fue la causa de mi huida del teatro; me amó como un loco, me colmó de joyas; pero un día su familia supo de nuestras relaciones; se le mandó a América, se me quitaron mis joyas diciendo que se me reembolsarían; hoy son el adorno de la mujer de un banquero, y no se me ha pagado nunca.

Mi segundo amante, después de cinco años de verdadera felicidad, se mató en el Bosque, hace exactamente dos años. Quería casarse conmigo, yo no quise, y su familia, dejándole sin recursos, lo sentenció a muerte. Llevé luto durante tres meses. Después conocí a un joven lleno de espíritu que me conquistó con su delicadeza y su talento. Otra vez tuvimos que luchar contra su familia, hicimos largos viajes juntos, él también quería matarse, cuando los padres supieron recuperar al hijo pródigo. Los padres suelen permitir las historias de unos días, pero no quieren que sus hijos tengan amantes.

⁸ Recordemos, por ejemplo, la vida de Louise Desgarcins, actriz que debutó en 1788 y que fue el primer gran amor de Talma (Régnault-Warin, *Mémoires sur Talma*, con anotaciones de Henri d'Almérés [París: Société Parisienne d'Édition, 1904], pp. 105-129); o los capítulos sobre la infancia de Thérèse, en: *Mémoires de Thérèse* (París: E. Dentu, 1865).

Esta lucha de los amantes con unos padres reaccionarios y represivos, que se repite tres veces en la vida sentimental de Marión, se puede relacionar, por un lado, con la Marión histórica, la del siglo XVI: cuando ella seduce a Cinq-Mars, el favorito del rey Luis XIII, cuando “Monsieur le Grand, fascinado, viene a caer de rodillas ante la bella Marión”, la mariscala de Effiat, madre del muchacho, interviene y logra “una sentencia que prohíbe a los dos jóvenes verse”. “Pero los enamorados, lejos de obedecer a esta sentencia, le hacen frente y afirman más su unión por medio de uno de esos matrimonios que se llamaban en aquel tiempo matrimonios de conciencia”⁹. Por otro lado, nuestro Rubén, en su mente, relacionó indudablemente el relato de los amores infelices de Marión con sus propios matrimonios desdichados, y de esa manera se fortaleció la identificación mutua de ambos.

Son de bastante interés, también, los últimos párrafos de la entrevista, que reflejan las contradicciones de la personalidad de Marión:

Siempre he sido buena y generosa, continuó Marión, vertiendo, en unas copitas de cristal tallado, un licor de chartreuse con reflejos lúbricos; ahora pondré mi corazón a un lado.

No soy de mi siglo, no soy práctica. Con mi alma sensible debía haber sido poeta. Me alegra más escuchar unos bellos versos que el entrechocar de las piezas de oro.

Marión, podríamos interpretar, desea “pilotar con un arte igual la barca de lo sensible y la de lo práctico”¹⁰, pero no lo va a lograr: su nave seguirá siempre el rumbo de los sentimientos. Rubén, que era bueno y generoso, que no era de su siglo, que no era práctico, que manejaba en ese tiempo sus buenas piezas de oro pero siempre les anteponía los bellos versos, debe haber escuchado, embelesado, esas palabras.

Hay otros puntos de identificación. Como Rubén, Marión es supersticiosa:

Nací bajo una mala estrella; seré otra vez infeliz. Una famosa pitonisa ha leído en mi futuro numerosas penalidades.

El trasfondo de tal vaticinio sombrío se encuentra, sin duda, en la vida de la Marión histórica, la del siglo XVI. En el punto culminante de su trayectoria, cuando todos los grandes señores y todos los bellos espíritus de la época frecuentaban su salón, cuando Marión rivalizaba en fama con Ninon de Lenclos, cuando, después de Desbarreaux y Cinq-Mars, también Saint-Evremond, Buckingham, Grammont, el gran Condé, el cardenal de Richelieu, el superintendente Emery y el mismo Luis XIII habían sido sus amantes, se le ocurrió participar en la Fronda, la conspiración de la nobleza contra la monarquía. Fue delatada y tuvo que partir de Francia para escapar a la muerte. Huyó a Inglaterra, donde, después de enviudar tres veces, cayó en la más negra miseria. Volvió a Francia para implorar la compasión de su ex rival, Ninon de Lenclos; que

⁹ Pierre Larousse, *Grand Dictionnaire universel* (París: Administration du Grand Larousse Universel, 1864-1890), t. 6, p. 369.

¹⁰ Victorien du Saussay, prefacio de *La Vie Fin de Siècle* (París: Publications du journal Fin de Siècle, 1894), p. 5.

acababa de morir (1706). Se cuenta que murió en París, en 1741, a la edad de 137 años¹¹.

La Marión de la Bella Época, la de Darío, a pesar de sus supersticiones y premoniciones, no tuvo un fin tan trágico. Ya citamos lo que dice Rubén sobre su situación actual, en 1912: "Hoy vive en su casa de campo y da de comer a sus finas aves de corral". Podemos suponer que se calmaron sus inquietudes y que encontró al final de su vida, si no la felicidad, por lo menos la tranquilidad.

Lógicamente, la investigación biográfica sobre la relación entre Rubén Darío y Marión de Lorme tiene que quedar, hasta cierto punto, en hipótesis, mientras no nos podemos apoyar en cartas, diarios, testimonios de amigos y otros documentos íntimos. Pero los materiales que hemos encontrado permiten afirmar dos cosas: 1° Marión pertenecía, entre las grandes profesionales del amor parisiense, a esas figuras excepcionales que eran "las caprichosas, las extrañas, las cerebrales, las pródigas, las originales, las fogosas y las indiscutiblemente frescas y jóvenes"¹². Su público eran "estas gentes refinadas, austeras y prudentes que tienen sed de ilusiones"¹³ y entre quienes los poetas ocupan el primer rango. Era, en su mundo, una rara. 2° Marión no era una querida fugaz de Rubén; era una verdadera amante de nuestro poeta. Las afinidades entre las personalidades de ambos permitieron una verdadera compenetración, una comunión de cuerpos y de almas. Por eso, después de casi veinte años, Rubén pudo recordarla con cariño.



Günther Schmigalle trabaja como bibliotecólogo en Karlsruhe (Alemania). Fue profesor de bibliotecología y de arte y letras en la Universidad Centroamericana de Managua (1988-1994). Ha publicado numerosos estudios sobre literatura nicaragüense y especialmente sobre Rubén Darío.

¹¹ *Ibíd.*

¹² Octave Uzanne, *Parisiennes de ce temps* (París : Mercure de France, 1910), p. 430.

¹³ *Ibíd.*, p. 400.